

rio! ¡Cuántas, al estrecharle en su pecho, no puede disimular su hondo pesar! Y, cuando el hijo pregunta por la víctima del holocausto..., y al imaginárselo inclinado sobre el ara y vendado... y al hallarse ya en el lugar del sacrificio... al colocar la víctima... al sacar el cuchillo... ¡ay! ¡miserable padre! ¡en qué conflicto te hallas! Tal era la piedad de Abraham en medio de los deberes de su ministerio. Por esto dice el papa san Gregorio que con un tal acto probó Dios su fortaleza: *Tentatur ut fortis*.

17. Pero ¿y María? ¿era amante y piadosa para con su Hijo? ¡Cuánto mas blando, mas delicado é inferior en fortaleza al de un padre es el temple del corazon de una madre! ¡Corazon de María! ¡cuánto mas tierno y dulce eras que el de Abraham y de todas las madres! ¡Amabilísimo Jesús! ¡cuánto sobrepujabas en mérito, prerogativas y grandiosas esperanzas al inocente Isaac y á todos los hijos de los hombres! Y, sin embargo, exígese de María un sacrificio semejante al de Abraham, y exígesele sin piedad, y exígese por deber de ministerio que ella sea el impertérrito sacerdote. Tanto de ella se exige; y tanto tiene valor para cumplir obediente, pues no es María menos fuerte que Abraham: *Tentatur ut fortis*. Sí: ella lo cumple. Lo cumple, es verdad, temblando su corazon; pero lo cumple. Siente todas las repugnancias de la naturaleza; pero lo cumple. Siente arrancársele el corazon, lacerarse sus entrañas; pero lo cumple: y lo cumple firme é inmóvil en la cima del Calvario junto á la cruz: y lo cumple hasta caer la ensangrentada víctima: y lo cumple de modo que, en decir de san Anselmo, á falta de verdugos, ella misma, para no faltar al deber, habria con su propia mano consumado el sacrificio. Reclame cuanto quiera con compasivos movimientos la naturaleza; desgárense sus entrañas maternas; pártase de quebranto su corazon, y ahóguete el comprimido llanto, sea grande como la mar su contricion. Ella no retrocede: está inmóvil en la cumbre del Calvario para llenar fielmente su ministerio: *Stabat juxta crucem Jesu; stabat per ministerium*. ¡Qué invencible fortaleza es esta, hermanos míos! ¡Habría alma mas grande en el extremo del dolor! Séame ya lícito decir, con un piadoso contemplativo, el beato Amadeo, que con este acto venció María la condición del sexo, y superó en su tortura las fuerzas de la humana naturaleza: *Vicit hominem, vicit sexum, passa est supra humanitatem*.

18. De esta oblation de María deriva, empero, por consecuencia, hermanos míos, el que deba también permanecer víctima con Jesucristo á lo alto de la cruz. Esto es un necesarísimo corolario de

su ministerio. No es posible obtener de una madre amante el sacrificio de su propio hijo, si no cae tambien ella, traspasada de dolor, sobre aquella ara. De Abraham, en efecto, afirma el Crisólogo, que, sacrificando al propio hijo, se inmolaba tambien á sí mismo: *Immolabat se in filio*; y que padre é hijo eran como dos víctimas de un mismo holocausto. Y así fue verdadera y necesariamente en María, porque todos los dolores que herian á Jesucristo en el cuerpo, iban de rechazo á herir el corazon de María. Sí: en su corazon estaban clavadas las espinas; en su corazon encruelecian los azotes; en su corazon se empapaba la hiel; su corazon era traspasado de los clavos y oprimido de la cruz. Todos, todos los tormentos de Jesús estaban concentrados en el corazon de María; de manera que el conolido san Buenaventura no sabe ya distinguirla sino ceñida de los tormentos de su Jesús y toda transformada en él mismo sobre la cruz: *Quero Matrem Dei, et invenio spinas et clavos; quero Mariam, et invenio vulnera et flagella... in cruce cum Christo cruciaris, ibi enim crucifixa es secum*.

19. Así sucede que, si á un selvoso monte se pega y va señoreándole hórrida llama, no solo se hacen presa del fuego cuantos troncos y plantas hay en él, sino que aun cuanto existe en su contorno se ve convertido en espantoso incendio. Arde entonces la llama contigua; arde el valle y collado vecino; va serpenteando asoladora la llama hácia abajo por los despeñaderos; todo peñasco se halla cercado é investido del fuego; al mismo torrente se lo ve envolviendo fuego en sus olas; y hasta el cielo parece de fuego y como que se derrita, vestido de luz siniestra. En suma, cuanto circunda al ígneo monte transfórmase en fuego, arde con el mismo monte, y junto con él forma un terrorífico incendio.

20. De una manera parecida la pasión de Jesús, reflejándose en el corazon de María, toda la embebe en sus dolores y la hace víctima tambien sobre la cruz, transformándola enteramente en los tormentos de su Hijo: *Tota es in vulneribus crucifixi... in cruce cum Christo cruciaris, ibi enim crucifixa es secum*. Y es tal esta transformación, que por uniformidad de pena y afecto viene á formar con Jesucristo una sola víctima y un mismo holocausto. *Omnino*, lo afirma el devotísimo Arnoldo, *tunc erat una Christi et Mariæ voluntas, unum holocaustum*. Era indiviso y comun á entrambos el sacrificio; sino que el de uno era sangriento por las heridas del cuerpo, y el de la otra se hacia sangriento por las heridas del corazon: *Ambo pariter offerebant, ille in sanguine carnis, hæc in sanguine cordis*. ¡San-

gre del corazon de María! ¡ay! ¿qué sangre es esta que revela el mas inaudito de todos los suplicios? ¡Sangre del corazon de María! ¡ay! ¿quién lo estruja tan bárbaramente, sino el deber de permanecer tambien ella víctima sacrificada con su Hijo en el árbol de la cruz? ¡Sangre del corazon de María! ¡ay! ¿y cómo es posible que, estrujada de su corazon, le permita vivir por mas tiempo? Ya la veo pasar con Jesús las mismas agonías de la muerte; ya la veo desfallecer y casi morir; pero hé aquí, añade el mismo Arnoldo; hé aquí el mas atroz de todos los tormentos: ella pasa por todas las angustias de la muerte, y con todo á la agonizante le es hasta vedado el poder morir: *Et quod difficillimum erat, moriebatur, et mori non poterat*. No, no podia morir, dice san Bernardo; con la muerte habríale faltado la cruz, habria terminado el suplicio. No, no podia morir, porque, despues de haber sostenido las partes de sacerdote y de víctima en el Calvario y á lo alto de la cruz, faltábale todavia sostener la de mediadora por nosotros ante el dulcísimo corazon de Jesús: otro corolario de su ministerio que, á pesar de todo el dolor, la hace permanecer firme y constante al pié de la cruz: *Stabat juxta crucem Jesu; stabat per ministerium*.

21. En efecto, ¿quién podia entrar á ser nuestra abogada y mediadora, sino la que á precio de inmensos quebrantos y merecimientos habia adquirido derecho á ello? ¿Quién, pues, mas autorizada que María á la cual costara tantas penas el ofrecimiento de su propio Hijo y por consiguiente aun de sí misma? Ella es la que, abrazada con el fúnebre madero, levanta su voz compasiva, pero imperiosa, y dirige por nosotros á su querido Hijo estas súplicas: Hijo mio, mi dulce y queridísimo Hijo, ¿puedo yo en medio de tanta afliccion recibir de tí algun alivio? Muriendo estás, ... anunciándome están ya tu muerte esa frente pálida, esos ojos oscurecidos, esos labios amortiguados. Mueres: y tambien yo siento como cruel dolor está arrancando mi postrer suspiro. Mas antes de nuestra muerte ¿puedo yo impetrar de tí una gracia, la última que te pide una madre moribunda? Tú sacrificaste, ó Hijo, tu vida por la salud de los hombres; tú pagaste por su redencion un precio infinito; y, no satisfecho todavia tu amor, me llamaste á mí tambien á participar de tus méritos y me encomendaste la humana estirpe redimida. En el querido discípulo que me designaste como hijo reconozco toda la humana prosapia á mí encomendada. En lugar tuyo, dulce bien mio, dejado me has esta mísera herencia para consuelo de mi soledad. Sin embargo señalástemela de viva voz como en testamento,

y yo la he recibido y tomado bajo mi proteccion. Ahora pues, haz, bien mio, que, siempre que los miserables hijos de Adan recurran á mí, en mí encuentren el consuelo; haz que pueda yo mostrarme de veras su protectora y madre; haz que cualquiera gracia que pidan por mi medio, la alcance yo de tu corazon dulcísimo; haz, en suma, que de hecho se me reconozca por dispensera de tus méritos, por su segura esperanza, por mediadora y madre suya. Ruégote por estas entrañas maternales, que tan caras te son, por aquellas angustias inefables que por tí he sufrido, por esta misma agonía mortal que ya me arremete... No pudo mas decir, pues embargóla el llanto; y Jesucristo, inclinando dulcemente la cabeza hácia ella, cerró los ojos y murió.

22. ¡Oh! ¡dichosos nosotros que junto con nuestro celestial Mediador hemos tambien adquirido tal Mediadora! ¿Qué gracia dejáremos de alcanzar del Padre con el precio de tan preciosa sangre, con la eficacia de tamaña mediación? Armonizan ya juntos todos los mas poderosos motivos que asegurar y hasta exigir pueden nuestra esperanza. Jesucristo presenta al Padre sus méritos infinitos y además la última peticion de su Madre: ¿habrá quien pueda dudar de un despacho favorable? El Hijo ama á la Madre; el Padre ama al Hijo; la Madre adora al Padre y al Hijo. La Madre pide; el Hijo aprueba; el Padre oye y concede. En todos hay un mismo espíritu: la piedad, la caridad y la esencial bondad danse un mútuo abrazo; piedad de una Madre que suplica, caridad de un Hijo que impetra, bondad de un Padre que no sabe negar nada á tan caros objetos. El Padre fija los ojos en las heridas del Hijo, y se siente conmovido; el Hijo, en el seno y entrañas de la Madre, y se siente vencido; la Madre en la bondad infinita de uno y otro, y sale triunfante.

23. Almas devotas y piadosas que hábeis contemplado á María volando, al par de los Serafines, á impulsos del amor, y quedarse inmoble por empeño de ministerio, y en uno y otro caso os habeis condolido de sus congojas; almas devotas y piadosas, ¡ay! no haya jamás entre vosotras quien con nuevas culpas renueve su quebranto y vuelva á crucifijar á su querido Hijo. ¡Ah! ¡harto ha ella sufrido por amor vuestro, para que tengais de ella al cabo un poco de compasion! Sean gentes bárbaras las que empuñen aquella lanza cruel que, desgarrando el pecho de Jesús, aun despues de muerto, traspasó desapiadadamente el corazon de esta Madre amorosa. Vosotros, al contrario, con vuestra conducta intachable y cristiana cicatrizad las acerbos llagas de Jesús y enjugad el llanto de esta afli-

gidsima Madre. Con vuestras obras de piedad la confortais dulcemente en sus amarguras; con hacerle oír á menudo el dulce nombre de madre alegrais su corazon amoroso. ¡Ah! no tardará en mostrarse madre compasiva y poderosa, que os asistirá en los varios y peligrosos vaivenes de esta vida, y especialmente en la hora extrema confortará vuestra agonía con la memoria de la de su querido Hijo. Y, cuando vuestro espíritu estará á punto de soltar los penosos lazos del cuerpo, vendrá ella misma á recibirlo y lo guiará como por la mano al seno de su Hijo y al triunfo beatífico del paraíso. Así sea, querida Madre, tanto en mí como en cada uno de los devotos que me escuchan é invocan todos los dias con confianza y corazon compungido y verdaderamente piadoso el nombre de Madre: *Quando corpus morietur, fac ut animæ donetur paradisi gloria.* Amen.

## ESQUELETO DEL SERMON II

SOBRE

## LOS DOLORES DE NUESTRA SEÑORA.

*O vos omnes, qui transitis per viam, attendite, et videte si est dolor sicut dolor meus...* (Thren. I, 12).

O vosotros, todos los que pasais por el camino, atended, y mirad si hay dolor como mi dolor...

1. Un celo santo me arrebató, y un tierno sentimiento me domina. Al ver juntarse en un concilio... Al mirar á una Madre..., desfallece el ánimo... *Collegerunt pontifices et pharisæi concilium...*
2. La festividad presente nos pone á la vista una Madre triste, desconsolada...: una Madre..., que exclama: *O vos omnes...*
3. ¿Quién al ver á María llena de dolores..., no la acompañará anegado como ella en un diluvio de llanto? *Quis est homo qui non fleret*, etc.? Seria menester tener un corazon de pedernal...
4. Si os hubiérais hallado en Jerusalem cuando se celebró el concilio de que nos habla el Evangelio..., ¿no os hubiérais presentado allí para confundir la...? Infelices jueces, diriais, ¿ignorais acaso...? ¿No sabeis...?
5. Voy á hablaros de los dolores de María por la muerte de su Hijo, y vosotros trataréis de aborrecer el pecado, causa de la muerte del Hijo y de los dolores de la Madre...
6. El Evangelio de Jesucristo, aquel libro divino en que..., nos dice: *Stabat juxta crucem Jesu Mater ejus*. Una cruz..., un Dios crucificado..., y una Virgen que presencia la... Ved ahí tres misterios... Los Crisóstomos, los Damascenos, etc., agotaron su elocuencia comentando dichas palabras, y nos las dejaron tan llenas de... ¿Qué podré, pues, yo decir...? Hablemos, sin embargo, de los dolores de la Virgen, firmemente convencidos de...

*Primera reflexion: Los dolores de María fueron continuos.*

7. Amor de las madres para con sus hijos... Cuando María no hubiese tenido mas que ese amor comun, su dolor hubiera sido bien terrible... Mas ¡ay! que el amor de la Virgen...